

LLAMADOS A IRRADIAR LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO EN EL MUNDO DE HOY

“Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello, que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo, y no me podía dar otra razón que decir: Digitus Deus est hic”¹ (Aut 609)

“El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17)

Nuestra Congregación nació en la Iglesia para evangelizar. Cuando proclamamos y damos testimonio del Reino, hay alegría y paz. Donde hay paz y gozo, hay buenas noticias. La alegría es el perfume de nuestro espíritu misionero. Cuando vivimos nuestra identidad misionera en profundidad, nuestros corazones se llenan del gozo del Espíritu, nuestras comunidades se alegran en el don mutuo, y nuestra acción misionera irradia la alegría del Evangelio. Las palabras que el papa Francisco² usó para describir la vida consagrada pueden aplicarse también a nosotros: “Donde hay claretianos, hay alegría”.

Cada uno de nosotros ha sido llamado por el Señor para formar parte de una comunidad de discípulos con la misión de proclamar la alegría del Evangelio al estilo de Claret. Podemos afirmar verdaderamente que el Señor ha acompañado nuestro trabajo y confirmado su palabra con signos diversos (cf. Mt 16,20) a lo largo de los 167 años de nuestra historia. La Congregación se ha mantenido en un proceso constante de renovación de acuerdo a los cambios en la Iglesia y en el mundo. El Capítulo de renovación del año 1967 y los Capítulos que le siguieron marcaron el rumbo del proceso de renovación congregacional en el período posterior al concilio Vaticano II. Confirmamos nuestra identidad como “*servidores de la Palabra*” (1991) “*en misión profética*” (1997) “*para que todos tengan vida*” (2003). Igual que en nuestro Fundador, nuestro compromiso misionero en la Iglesia y en el mundo nace de nuestro ser “*hombres que arden en caridad*” (2009) y de la llamada a ser “*testigos-mensajeros de la alegría del Evangelio*” (2015). Los títulos de los Capítulos Generales no son eslóganes para ser usados durante seis años y luego ser descartados, sino que indican aspectos esenciales de nuestro carisma que iluminan nuestra vida y misión.

Quiero dirigirme a todos los claretianos a través de esta circular en la que me gustaría presentar algunas reflexiones que ayuden a dinamizar nuestro itinerario congregacional según el espíritu del XXV Capítulo General. Esta carta es fruto de un discernimiento conjunto del Gobierno General.

¹ Ex 8,19: “El dedo de Dios está aquí” (Aut 609).

² Palabras del papa Francisco en la *Carta a los consagrados con ocasión del año de la Vida Consagrada*: “Donde hay religiosos, hay alegría” (21 de noviembre de 2014).

Consta de cuatro partes:

I: ¿Qué nos pide el Señor en este tiempo?

II: Abrirnos a los procesos de transformación.

III: Tentaciones y dolencias espirituales que afligen nuestra vida y misión.

IV: Competencias y dones para vivir y proclamar la alegría del Evangelio hoy.

Esta carta pretende suscitar reflexiones y acciones que nos ayuden a responder al llamamiento de ser testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio. Las diferentes secciones están organizadas de tal manera que puedan ser consideradas separadamente para su reflexión, oración y discernimiento de los pasos de acción que apoyan nuestro itinerario congregacional hacia el futuro. Se añaden algunas preguntas para la reflexión personal al final de cada sección.

I

¿QUÉ NOS PIDE EL SEÑOR EN ESTE TIEMPO?

El XXV Capítulo General (2015) constituyó para la Congregación una nueva oportunidad para escuchar las llamadas de Dios en nuestro tiempo (MS 5-33), volver a tomar conciencia de nuestros rasgos carismáticos (MS 34-63) y abrirnos a la acción del Espíritu que transforma nuestra vida y nuestra acción misionera y nos hace testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio en el mundo de hoy (MS 64-75). Hemos de asimilar este impulso del Capítulo General y hacerlo operativo en el desarrollo de nuestra misión al estilo de Claret y de acuerdo a las circunstancias de nuestro tiempo.

1. Un año después de la celebración del XXV Capítulo General

Durante el año transcurrido desde la celebración del XXV Capítulo General se han tenido 12 Capítulos provinciales, 10 Asambleas de Delegaciones Independientes y la asamblea de una Misión dependiente directamente del Gobierno General. El objetivo principal de estos encuentros ha sido la puesta en práctica de las determinaciones del XXV Capítulo General en la vida y misión de estos Organismos. El Gobierno General se reunió con los Superiores Mayores de la Congregación en Sri Lanka del 10 al 22 de septiembre del 2016. Fue un provechoso encuentro fraterno que nos permitió compartir y programar las acciones necesarias para poner en práctica las orientaciones del XXV Capítulo General, basados en el Plan de Acción del Gobierno General. El Gobierno General ha tenido también ocasión de evaluar su vida y misión con el fin de aprender a partir de las experiencias de este año pasado.

Tenemos razones suficientes para alegrarnos y estar agradecidos al Señor. Nos alegramos por el don de nuestro Padre Fundador que manifestó la belleza de la vocación misionera a través de su vida y nos dejó en herencia un hermoso carisma que nos congrega como comunidad misionera en la Iglesia. Siento una gran alegría cuando pienso en nuestros misioneros comprometidos en las fronteras misioneras, especialmente en aquellos que se encuentran en lugares difíciles. La Congregación existe para participar en la misión de la Iglesia y, por ello, nos alegramos dondequiera que somos enviados en misión. Nos llena de gozo el ideal misionero que manifiestan nuestros ancianos y enfermos que comparten la misión uniéndose a la pasión del Señor. Nos alegra el don de muchos jóvenes en formación que desean ardientemente ser enviados y se preparan para la misión. Experimentamos también un profundo gozo en nuestros corazones por el don de miles de hombres y mujeres que se unen a nosotros en misión compartida para proclamar la alegría del Evangelio.

Para reflexionar: *¿Cómo mantienes viva la alegría de ser misionero?*

2. Los dones de dos efemérides eclesiales importantes para nuestra vida misionera

2.1. Año de la Vida Consagrada: un tiempo para profundizar nuestra vocación misionera

Durante el Año de la Vida Consagrada que celebramos el 2015 se nos invitó a vivir con radicalidad la dimensión profética de la vida consagrada. Tal como indicó el papa Francisco, esta vivencia radical exige, en estos tiempos que vivimos, traspasar el horizonte de la mundanidad y *despertar al mundo* siendo testigos de un modo diferente de obrar y de vivir³. ¿Cómo podremos despertar al mundo si nosotros mismos estamos dormidos o medio dormidos? Para Claret la imagen del profeta como centinela, siempre atento para avisar al pueblo de cualquier peligro (cf. Ez 3,18-19; 33,7-9; Is 21,8), constituye una llamada a salir y a predicar⁴. Hemos de mantener siempre viva la conciencia de la llamada misionera para poder ser instrumentos de la respuesta de Dios al grito de su pueblo (cf. Ex 3,7-10). Nuestra forma de vida transparente belleza y gozo cuando Cristo ocupa el centro de nuestras vidas. Las reflexiones durante el Año de la Vida Consagrada resaltaron la importancia del testimonio de comunión en las comunidades y la necesidad de desplazarse a las periferias con el mensaje del Evangelio. Nos invitaron a preguntarnos sobre la autenticidad de nuestro seguimiento del Fundador y de las generaciones precedentes, asumiendo la visión y los valores que inspiraron su vida⁵.

³ Audiencia del papa Francisco con los Superiores Generales (29 de noviembre de 2013).

⁴ *Aut* 120.

⁵ Papa Francisco, *Carta a los consagrados* (21 de noviembre de 2014).

2.2. Año Santo de la Misericordia: entrar por la puerta de la Misericordia de Dios

Nuestra vida misionera encontró una nueva oportunidad para consolidarse en la celebración del Año Santo de la Misericordia. Fue un tiempo precioso que nos ayudó a descubrir nuestra verdadera identidad en el amor misericordioso del Padre, contemplando el rostro de Jesús e irradiando esta misericordia en nuestra vida y misión. El amor misericordioso del Padre está en el centro de la llamada recibida y nuestra misión nace del amor misericordioso de Dios a través de la experiencia del amor de Cristo que nos urge. Con frecuencia la fragilidad y la fragmentación que experimentamos, tanto a nivel personal como comunitario, manifiestan la necesidad que tenemos de abrirnos al amor transformador de Dios antes de pretender proclamarlo a otros. Sin la experiencia de la misericordia de Dios, tendemos a ir almacenando heridas y, por ello, seguimos hiriendo a los demás. No debemos olvidar nuestra propia necesidad de conversión. Deseo ardientemente que todos nosotros, como Congregación, entremos por la puerta de la misericordia de Dios y dejemos que nuestra misión sea una manifestación del amor misericordioso de Dios que experimentamos. Cuando experimentamos la sanación y recuperamos el fervor misionero, irradiamos de una forma creíble la alegría del Evangelio en el mundo.

El Sínodo de los Obispos sobre la familia celebrado en 2015 con el tema “La vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo” y el próximo sínodo que se celebrará en 2018 con el tema “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional” nos invitan a acompañar a las familias y a los jóvenes en su camino de fe y en su vocación en la Iglesia.

***Para reflexionar:** ¿Qué incidencia han tenido en tu vida y en la de tu comunidad el Año de la Vida Consagrada y el Año Santo de la Misericordia? ¿Qué ha cambiado en tu vida y en tu misión? ¿Cómo afectan los diversos acontecimientos eclesiales a nuestro acercamiento misionero al pueblo de Dios?*

3. Llamados a caminar como misioneros “con Espíritu” (MS 39)

Nos encontramos en un período de sorprendentes cambios en el mundo, en la Iglesia y en la Congregación. Descubrimos reacciones diversas ante estos cambios en las distintas partes de la Congregación. Es importante evitar la dispersión en medio de estos cambios. Por el contrario, debemos unirnos en el espíritu del Fundador para ser instrumentos de Dios en el mundo. Puede que no seamos expertos en planificación estratégica ni capaces de formular técnicamente objetivos. Sin embargo, hemos de aprender el arte del discernimiento para conocer las mociones del Espíritu y caminar con el Señor resucitado que condujo a nuestro Padre Fundador en el cumplimiento de su misión, hizo nacer la Congregación en la Iglesia y continúa guiándonos y alimentándonos. Os presento un esquema en el que, partiendo de la definición del misionero, se contrastan los rasgos de los misioneros con Espíritu con los de quienes viven sin él:

UN MISIONERO CON ESPÍRITU	UN MISIONERO SIN ESPÍRITU
Un hombre que arde en caridad y que abraza por donde pasa.	Un hombre lleno de pasiones mundanas, que sucumbe a ella por donde quiera que vaya.
Desea eficazmente y desea por todos los medios encender a todos los hombres en el fuego del divino amor.	Desea eficazmente y procura por todos los medios satisfacer las necesidades de su ego y realizar sus intereses.
Nada le arredra.	Se desalienta fácilmente.
Se goza en las privaciones.	Se goza en sus propios logros.
Aborda los trabajos.	Busca su propio gusto.
Abraza los sacrificios.	Abraza los placeres.
Se complace en las calumnias.	Se complace en las alabanzas.
Se alegra en los tormentos y dolores que sufre.	Se alegra en los regalos y donaciones que recibe y guarda para sí mismo.
Se gloría en la cruz de Jesucristo.	Se gloría en su propia carrera y en sus logros.
No piensa sino como seguirá a Cristo.	No piensa sino cómo ganará puntos ante los demás.
Y cómo imitará a Cristo en orar, trabajar y sufrir,	Y cómo demostrará su superioridad fingiendo santidad, buscando notoriedad y vengándose de sus adversarios.
Y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres.	Y en procurar siempre y únicamente su propia gloria y que los otros le sirvan.

Como “misioneros con Espíritu”, hemos de adentrarnos en el futuro que se presenta como un don de Dios a la Iglesia y que hemos de co-crear con el mismo Espíritu. Más que la repetición de modelos pasados, es la esperanza en la plenitud futura en Cristo la que ha de determinar nuestro modo de llevar a cabo el mandato misionero en el mundo. En este “camino que se va construyendo”, los detalles del viaje se van descubriendo a medida que se avanza. Es como cuando un niño que, en su primer viaje a un Santuario lejano junto con sus padres, avanza cogido de la mano con su padre o sosteniendo el manto de su madre. No le preocupa el camino. Sabe que está en la dirección correcta caminando junto con sus padres y estando atento a sus indicaciones. En una peregrinación, el camino mismo es tan apasionante como el destino final. Esto mismo pasa en la Congregación cuando nos situamos “en salida”. Sin la confianza en el Señor de la historia, fácilmente predecimos un futuro sombrío cuando el número de personal disminuye y algunos abandonan el Instituto. No quiero con ello descalificar el valor de una adecuada planificación de nuestras actividades misioneras. Una visión unitaria de la vida y misión puede abarcar estos dos aspectos, encontrando la armonía entre un caminar confiado en el Señor y una planificación cuidadosa de las actividades.

Para la reflexión: *¿Qué sientes que te pide Claret hoy, cuando confrontas tu vida con la definición del misionero?*

4. Llamados a ser testigos creíbles del Evangelio

Hemos de considerar atentamente el objeto por el que existimos en la Iglesia y esforzarnos en ser fieles a nuestra vocación. Podemos perdernos en formulaciones sobre nuestra identidad y nuestra misión en la Iglesia si no revisamos cómo encarnamos lo que decimos. Juan resume así la experiencia apostólica: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y verdad” (Jn 1,14). El testimonio y la proclamación del Evangelio nacen de un encuentro con la persona de Cristo⁶.

Los seis rasgos carismáticos⁷ enumerados por el XXV Capítulo General transmiten el perfume claretiano a nuestra vida y misión. Realizamos nuestra misión enraizados en el Espíritu, encendidos por la Palabra de Dios, asumiendo la misión como comunidad, acercándonos a los pobres con la alegría del Evangelio, colaborando con otras personas y con una apertura a todo el mundo. Sin estos rasgos, nuestras actividades perderán su fragancia, serán como flores de plástico.

Nos ayudará revisar cómo percibe la gente nuestra presencia en la Iglesia y en la sociedad. ¿Suscita nuestra forma de vida curiosidad, atracción y sorpresa en otras personas que quieren percibir la belleza de vivir la alegría del Evangelio? ¿Nos buscan las personas cuando quieren

⁶ Cf. EG 264-267.

⁷ Cf. MS 34-63.

conocer la Palabra de Dios, compartir su búsqueda de Dios o encontrar el secreto de la alegría de la vida misionera?

Haremos bien en examinar las preocupaciones personales y colectivas que aparecen en nuestras conversaciones cuando nos reunimos para compartir. ¿Tienen que ver con el sufrimiento de las personas o con las luchas espirituales nuestras o de otras personas? Las preocupaciones que afloran en las conversaciones de nuestras comunidades nos muestran hacia dónde se orienta la brújula de nuestra vida. La llamada a la conversión que nos lanzó el Capítulo General nos invita a orientar nuestro corazón hacia donde le corresponde; es decir, hacia el tesoro del reino de Dios.

Para la reflexión: *Imagina que tú y tu comunidad tenéis un encuentro con la gente a la que servís. A partir de lo que ven en vosotros, ¿cuál crees que sería su definición de un claretiano? ¿Qué descubres sobre ti mismo a partir de sus observaciones?*

5. La alegría de ser misionero al estilo de Claret

Hemos heredado el carisma del Fundador para continuar su misión en la Iglesia. La palabra “misionero” tiene resonancias diversas en distintos contextos. En muchos lugares el misionero es un portador de Buenas Noticias, una persona cercana a los pobres en su sufrimiento, caracterizado por la sencillez y la apertura evangélicas. En otros lugares, el misionero es alguien sospechoso con connotaciones proselitistas. Hay quien considera al misionero como aquél que ha asumido una vida marcada por la actividad apostólica en contraste con quien ha escogido la vida contemplativa. Necesitamos conectar nuestra identidad misionera a la vida del Fundador y al modo como la Iglesia la entiende.

El título “misionero apostólico” calificó la vida y la misión de Claret. Se trata de un título que le concedió la Santa Sede y que “sintetizaba su ideal de vivir al estilo de los apóstoles”⁸. La experiencia que Claret tenía del amor de Dios y de la ternura del Corazón de María le indujo a ir hacia los demás llevando el mensaje del amor de Dios valiéndose de todos los medios posibles. En el origen de la vocación misionera encontramos siempre la experiencia del amor de Dios y de la alegría que llenan el corazón, así como el profundo deseo de seguir a Jesús, el misionero del Padre. Este amor busca por todos los medios llegar a quienes sufren y son marginados para comunicarles el consuelo de Dios a través de la palabra y de gestos concretos. Cuando se da una dicotomía entre vida interior y obras, entre contemplación y acción, entre comunidad y trabajo apostólico, podemos decir que el don del amor de Dios está contaminado por alguna forma de egoísmo o de mundanidad.

La falta de alegría en la vida misionera manifiesta un corazón árido. Incluso la actividad apostólica más excelente, cuando se lleva a cabo con cara de funeral, queda huérfana de la alegría del Evangelio. La alegría se comunica por medio de mil pequeños detalles, frutos del amor en

⁸ Cf. Dir 26.

nuestra vida de cada día. Puede ser el don de una sonrisa, una muestra de comprensión, una palabra de apoyo, un gesto de consuelo, la compañía silenciosa que se brinda a un hermano enfermo, la ayuda en la cocina, la visita a una familia en dificultad, pidiendo perdón cuando te equivocas, y así sucesivamente. Estos pequeños actos pueden aligerar tensiones y difundir alegría en la vida de personas preocupadas por muchos proyectos y programas. La alegría es el fruto de vivir a fondo el Evangelio del amor. Al final de su camino en este mundo, recordamos más a las personas por sus gestos sencillos de amor y bondad, que por sus gestas envidiables. Un claretiano alegre es como un río que lleva amor y bondad para regar las vidas de quienes lo cruzan. No se contamina con ningún tipo de basura que se le echa porque la corriente de amor que surge de la fuente de la gracia lo mantiene incontaminado.

Es importante distinguir el gozo en el Espíritu (relacionado con el sentido de la vida) de la felicidad (relacionada con el bienestar psíquico) y del placer (relacionado con el bienestar físico). Esta distinción es importante para no confundir el gozo en el Espíritu con la gratificación social o física. En el ámbito del yo espiritual, podemos asumir con sentido e integrar el dolor y el placer de nuestro yo físico y la alegría o la tristeza de nuestro yo social, sin vernos arrastrados al abismo del sinsentido y la depresión. Esta integración es posible cuando aprendemos del misterio de la Cruz el sentido del amor y del sufrimiento y sabemos ubicar los hechos dolorosos en la perspectiva del objetivo de nuestra vida (la vocación). Claret pudo superar los momentos difíciles de su vida porque se mantuvo enraizado en el Señor y entregado a su misión con un corazón sereno hasta el final. Se alegró compartiendo su carisma con otros, trabajando incansablemente en la proclamación de la Palabra de Dios y sufriendo por la causa de Cristo.

La alegría del Evangelio coexiste con el dolor que acompaña al crecimiento y con las crisis del desarrollo, ambas necesarias en la vida. El dolor que alienta el crecimiento es diferente de un pesimismo amargo que no tiene en cuenta la fe y relega al olvido la esperanza. El amor no niega la cruz sino que la abraza con dignidad. Por el contrario, al misionero que se instala en el cojín de la comodidad le asalta la tentación de domesticar el carisma misionero y rebajar las exigencias del Evangelio, dejándose llevar por motivaciones mundanas. La misión que nace del amor resiste a las pruebas y tribulaciones. Nuestro mensaje profético, que anuncia los valores del Evangelio y denuncia las estructuras de pecado de la sociedad, se encuentra frecuentemente con el rechazo y lleva al camino del Calvario. La prueba decisiva para medir la credibilidad de la vida misionera es la presencia de una alegría y un amor que resisten todo tipo de dificultades, pero que sufren al ver la miseria de otros seres humanos. La autocompasión, la agresividad, las quejas y las amenazas son gritos que demuestran la necesidad de que el amor misericordioso de Dios ocupe de nuevo el centro de la propia vida. Es nuestra responsabilidad común analizar nuestra realidad, con sus más y sus menos, a la luz del amor misericordioso de Dios y avanzar como misioneros “con espíritu” para llevar a cabo la misión de la Congregación en el mundo.

Para la reflexión: *¿Dónde encuentras la fuente de sentido de tu vida misionera? ¿Cómo asumes las pruebas y dificultades?*

II

ABRIRNOS A LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

El XXV Capítulo General sintió el soplo del Espíritu que llamaba a la Congregación a una conversión pastoral-misionera y ecológica⁹, una conversión a la que el papa Francisco había invitado a toda la Iglesia¹⁰. Estas conversiones no son momentos separados en nuestra vida, sino que forman parte de un único proceso de transformación que el encuentro con la persona de Cristo provoca en cada la persona, en nuestras comunidades y en nuestra relación con todo lo que nos rodea.

Jesús comenzó su vida pública con una llamada a la conversión como condición para acoger el Evangelio (cf. Mc 1,15). Un proceso de conversión permanente (transformación) es necesario para que los misioneros puedan ser testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio. Debemos responder a la llamada del Capítulo acogiendo el proceso de conversión que el Espíritu lleva a cabo dentro de nosotros. Quiero presentar los tres procesos de transformación dentro del marco de las tres conversiones, comenzando con la conversión ecológica, para situar todos estos procesos dentro del horizonte más amplio de nuestra existencia en el mundo y de la amplia red de conexiones en que se desarrolla.

1. Conversión ecológica

Inspirándose en la llamada del papa Francisco en su encíclica *Laudato Si'*, el XXV Capítulo General reiteró la necesidad de iniciar un “proceso de conversión ecológica” que nos debe llevar a redefinir nuestra misión y nuestro estilo de vida¹¹. El Capítulo no lo aborda como un tema específico ni hace propuestas concretas para iniciar dicho proceso. Sin embargo, la teología y la visión de *Laudato Si'* permea todo el documento capitular. Me parece importante situar nuestra presencia misionera en la Iglesia y en el mundo desde esta visión ecológica integral que el Papa Francisco propone al mundo. Esto nos abre igualmente a un planteamiento creativo para fortalecer la red de relaciones dentro de la Congregación y desarrollar, de este modo, nuestra misión propia en la Iglesia.

1.1. La misión claretiana dentro de una ecología integral

La palabra “ecología”, que deriva del griego “oikós” (casa), nos invita a considerar el mundo como una casa y a estudiar las relaciones que hacen de nuestro planeta una verdadera casa para todos, incluyendo a los animales y las plantas. Hemos de subrayar las siguientes afirmaciones

⁹ Cf. MS 8, 32, 65, 67.1.

¹⁰ Cf. EG 25-33; LS 216-221.

¹¹ Cf. MS 8, 60, 65.

básicas para situar nuestra vida y nuestra misión dentro del marco de una ecología integral en la que los seres humanos tienen su misión específica.

- 1) Nuestra fe en un Dios que es comunión trinitaria abre nuestros ojos y nos permite descubrir en toda la creación la huella del Dios-Trinidad a través de la red de relaciones entre todas las criaturas. Dios ha tejido toda la creación como una red sin hilos donde todo está interconectado¹². La maravilla de la unidad en la diversidad se manifiesta con toda su belleza en la integridad y la biodiversidad de la creación. El amor sostiene la fraternidad entre todos los hombres y la unidad de toda la creación, mientras que el pecado la destruye.
- 2) Hemos de contemplar nuestra misión en la Iglesia desde la visión de “una ecología integral en la que todas las criaturas reciban el respeto, protección y trato que merecen, al tiempo que el ser humano ocupe un lugar acorde con la dignidad infinita que Dios le ha dado”¹³. Una verdadera experiencia de Dios “despierta en nosotros una nueva conciencia ecológica y cósmica que nos hace sentir solidarios con toda la creación y respetuosos con los dinamismos que el mismo Creador puso en ella”¹⁴.
- 3) Una auténtica “ecología del hombre” acepta y respeta la naturaleza humana en todas sus dimensiones, especialmente el cuerpo, que es un don de Dios y que tiene una relación directa con el medio ambiente y con otros seres vivos¹⁵. De hecho, somos naturaleza. La naturaleza ha hecho posible nuestra existencia después de millones de años de evolución y nos alimenta a través de una complicada red de soporte a la vida¹⁶. Nos hacemos humildes y agradecidos cuando nos damos cuenta de cuánto debemos a los demás y a la naturaleza para seguir con vida.
- 4) Una visión ecológica fragmentada coloca como señor y dueño del mundo al hombre que, herido por el pecado, ha violado su propia naturaleza así como la naturaleza en general¹⁷. La codicia y el egoísmo del hombre llevan a la manipulación del cuerpo humano, a la explotación y exaltación de un sistema socioeconómico injusto que hace del dinero el dueño de todo¹⁸. El pecado impide al corazón humano sentir el clamor del número creciente de pobres y marginados en la sociedad y percibir la difusión de enfermedades en el suelo, en el agua, en el aire y en todas las formas de vida¹⁹.
- 5) Necesitamos un cambio de corazón, un nuevo modo de ver las cosas, “una auténtica revolución cultural”, una “conversión ecológica”, que nos lleve a descubrir la íntima

¹² Cf. LS 138.

¹³ Cf. MS 7; LS 81, 137.

¹⁴ Cf. Josep M. Abella, *Misioneros*, Carta circular a la Congregación, (13 de agosto de 2012) 2.1.

¹⁵ Cf. LS 155.

¹⁶ José Cristo Rey, en su blog *Ecología del Espíritu*, 27 Mayo, 2015: <http://www.xtorey.es/?p=3276#more-3276>

¹⁷ Cf. LS 2, 8, 6.

¹⁸ Cf. LS 2, 8, 11, 66, 106, 116, 224.

¹⁹ Cf. LS 2, 16.

conexión entre Dios y todas las cosas, y nos capacite para escuchar con mayor atención “el grito de la tierra y de los pobres”²⁰.

- 6) El compromiso de la Iglesia por una ecología integral solo se hace creíble cuando existe una “ecología eclesial” que mantiene un sano equilibrio entre las dimensiones jerárquica y carismática de la Iglesia, junto con los muchos carismas y dones a través de los cuales el Espíritu Santo adorna a la Iglesia. Necesitamos reconocer los desequilibrios en la “ecología de la Iglesia” que resultan de la falta de respeto y aprovechamiento de la diversidad de carismas y dones, y de la falta de cohesión en el trabajo conjunto para cumplir la misión de la Iglesia en el mundo. Por lo tanto, nos esforzaremos por contribuir a la vida de la iglesia local a partir de nuestros dones carismáticos y apreciar la belleza de otros carismas y colaborar con ellos en la obra de evangelización y promoción de la paz y la justicia en el mundo.
- 7) La ecología integral se expresa en la Eucaristía en la que celebramos el misterio pascual de Cristo. El pan y el vino, frutos de la creación, se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo. La Eucaristía nos invita a vivir en comunión con el Señor, con los otros seres humanos y con toda la creación. “La Eucaristía une el cielo y la tierra y penetra todas las cosas creadas”²¹.

La misión claretiana en la Iglesia y en el mundo ha de ser entendida dentro de la visión de una ecología integral, de modo que tanto nuestro estilo de vida como nuestro ministerio estén al servicio del Reino de Dios. Esta visión nos ayudará a no realizar esfuerzos fragmentarios para proclamar la Palabra de Dios.

1.2. Cultivar una ecología claretiana

Se cuenta que el P. Pedro Schweiger, recordado Superior General, solía decir: “Dentro de la Iglesia somos una Congregación lo suficientemente pequeña para que todos nos podamos conocer unos a otros y lo suficientemente grande para poder realizar grandes cosas en la Iglesia”. Caminamos en la historia junto con todos los seres humanos y con toda la creación hacia la plenitud de Cristo. Nuestra vocación claretiana, enraizada en nuestra intimidad con Cristo, modela necesariamente el modo que tenemos de relacionarnos entre nosotros, con los demás y con toda la creación. Por ello, cuidemos con esmero la “ecología de la vida claretiana” que tiene que ver con toda la red de relaciones que tenemos y con el ambiente fraterno y misionero que nos une y mantiene a la Congregación preparada para el servicio de la misión universal²². Quiero resaltar algunos aspectos importantes de la “ecología claretiana integral”:

- 1) Nuestra Congregación es una familia carismática unida por el carisma misionero claretiano que nos mantiene en comunión con toda la Iglesia y con otros carismas y formas de vida.

²⁰ Cf. LS 3, 49, 114.

²¹ LS 236.

²² Cf. CC 86.

Por ello, entre nosotros no hay lugar para el provincialismo, el tribalismo o el nacionalismo, como tampoco lo hay para aislarnos de otros evangelizadores en la Iglesia o en el mundo. La ecología claretiana se desequilibra cuando algunas personas o grupos apagan el fuego del amor de Dios en los misioneros y actúan en contra del bien general de la Congregación. Cuanto más carismática y saludable sea toda la Congregación, tanto mejor permitirá que sus miembros vivan su vida y su misión plenamente. Cuanto más formados y comprometidos estén sus miembros, mayor es la capacidad de la Congregación para contribuir a la Iglesia y al mundo.

- 2) La ecología integral claretiana nos pide una equilibrada distribución del personal y los recursos en la Congregación. No podemos quedarnos indiferentes ante el sufrimiento o la debilidad de una parte de la Congregación. La debilidad o la enfermedad de un Organismo incide en toda la Congregación, del mismo modo que la enfermedad que algunos padecen con relación al espíritu misionero debilita la calidad misionera de sus comunidades o provincias.
- 3) La diversidad de culturas y tradiciones entre los claretianos acrecienta la riqueza y la belleza de la Congregación. Debemos valorar y promover la cultura y las tradiciones de los pueblos a los que hemos sido enviados (inculturación) y abrir espacios para una auténtica comunión en comunidades interculturales (interculturalidad) con objeto de reforzar nuestra presencia misionera en el mundo de hoy.
- 4) Nuestra comunión con el Señor, que consolida nuestras relaciones, nos exige acoger a otros en misión compartida para trabajar por la felicidad de todos los seres humanos y cuidar la Madre Tierra.
- 5) La preocupación por la ecología claretiana nos pide “salir” hacia las periferias y las nuevas fronteras con el mensaje del Evangelio. Como misioneros con Espíritu, no podemos permanecer indiferentes ante la situación de las personas y del medio ambiente. La conversión ecológica nos abre los ojos para hacernos ver los peligros y las seducciones de un consumismo incontrolado, de la cultura del descarte y de la manipulación y devaluación de la persona humana, especialmente de los pobres.
- 6) La ecología claretiana se manifiesta igualmente en el respeto y la conservación de la belleza de la naturaleza en los lugares en que vivimos y en el cuidado de la estética en nuestras casas, parroquias, instituciones educativas y centros misioneros. También incluye la salud e higiene de cada claretiano en sus dimensiones físicas, mentales y espirituales que le hacen un hombre de integridad y erudición.

La visión del mundo como la casa común en la que cada criatura tiene su lugar propio nos ayuda a asumir humildemente y, al mismo tiempo, con gozo y gratitud, nuestra propia parte en esta red sin hilos que es la creación. El ministerio de cada claretiano forma parte de la contribución de la Congregación a la misión que el Señor ha confiado a la Iglesia en el mundo. Hemos de ubicar nuestro carisma y nuestra misión en este panorama más amplio. El lema “piensa

globalmente y actúa localmente” es también válido en nuestro trabajo misionero. El programa misionero de cada claretiano y de cada comunidad dentro de un Organismo Mayor ha de mantener la armonía con la misión de toda la Congregación, de modo que podamos formar “un solo cuerpo con diversos miembros en misión”²³. Solamente a través de una transformación de todos llegaremos a alcanzar una visión global de la vida y misión de la Congregación que no excluya a nadie del vínculo de nuestro amor y servicio.

Para la reflexión: *¿Cómo ha influido la encíclica “Laudato Si” en tu visión del mundo? ¿Qué reflexiones del Papa te han iluminado? ¿Cómo las aplicarías a la misión claretiana? ¿Qué medidas hemos de tomar para mantener viva la “ecología claretiana” a través de la puesta en común de recursos y personal para revitalizar nuestras misiones?*

2. Conversión pastoral: una Congregación en salida

La llamada central del papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* fue a una conversión pastoral que inaugure una nueva era de la evangelización. Escribe el Papa:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, ‘toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial’”²⁴.

El cambio de corazón con relación a las obras apostólicas es posible cuando nos damos cuenta de que nuestra vocación no mira a nosotros mismos, sino al Señor y su proyecto para el pueblo, especialmente para los más marginados. El centro de gravedad cambia entonces del yo (búsqueda de éxito, popularidad o posición) al Señor y a su pueblo.

La consecuencia inmediata de la conversión pastoral es la disponibilidad para la misión del Señor. Ésta se manifiesta en la disposición para “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”²⁵. Esto me hace recordar el dicho: “Un barco está siempre seguro en el puerto, pero esto no es para lo que el barco fue construido”. El misionero que se atrinchera en una zona de comodidad se dispone a correr la suerte del barco que se enmohece y pudre cuando es abandonado en el puerto por largo tiempo.

²³ MS 47.

²⁴ EG 27.

²⁵ EG 20.

2.1. Desplazarse a las periferias

La palabra “periferia” ha acabado siendo un eslogan en muchos círculos eclesiales, sin captar frecuentemente su profundo significado teológico. Para nosotros constituye un poderoso impulso para nuestros apostolados. La clave para comprender la profundidad de su significado es mirar a Jesús, como hizo Claret, y aprender a salir hacia las periferias. La *kénosis* de la encarnación (cf. Flp 2,6-11) y la opción de Jesús sobre los lugares donde vivir (el pesebre, Nazaret), las personas que llamó junto a sí (pescadores, pecadores, publicanos, recaudadores de impuestos) o las personas con quienes dialogó o se confrontó (fariseos, escribas, el joven rico), son imágenes de Jesús desplazándose a las periferias. Jesús envió a los Doce en una situación de vulnerabilidad (sin sandalias, sin bolsa, como ovejas en medio de lobos). La vulnerabilidad de los apóstoles creó un espacio para que actuara Dios. Hemos de dejarnos conducir por la lógica de la encarnación que nos enseña que una vulnerabilidad escogida libremente es capaz de conocer la condición de quienes han sido relegados a una situación de vulnerabilidad a causa de la injusticia y la exclusión y de caminar junto con ellos en busca de la liberación.

La imagen que me viene a la cabeza es la de un riachuelo que desciende hacia el valle para regar las tierras secas. Una vez que Claret percibió su vocación misionera, salió hacia las periferias a las que se sintió enviado para regar los corazones humanos secos y sedientos de la Palabra de Dios. Todos conocemos cómo Claret se desplazó por Cataluña, las Islas Canarias, Cuba, Madrid y otras partes de España proclamando la alegría del Evangelio.

La “salida” tienes tres elementos que debemos considerar. El primero es el amor de Cristo que nos apremia y que presupone un encuentro con el Señor. El segundo es el destinatario, que no es otro que el corazón humano creado para conocer, amar y servir a Dios. El tercero es el “cómo” desplazarnos, algo que aprendemos cuando nos abrimos a la creatividad del Espíritu. Un misionero es el amigo del novio, no el novio. El misionero es enviado en misión para conducir a la novia donde el novio. Las virtudes que Claret practicó y nos invitó a practicar (humildad, obediencia, celo apostólico, discernimiento, pobreza, docilidad, modestia y mortificación²⁶) son necesarias para una “verdadera salida” hacia las periferias.

Todas nuestras posiciones apostólicas nos invitan a salir hacia las periferias donde las personas anhelan palabras y obras de consuelo. Pueden ser las periferias existenciales del sufrimiento, de la increencia, de la duda o del conflicto que piden emplear aquellas plataformas que más se les adecuen. No salimos hacia las periferias simplemente abandonando acriticamente las actuales posiciones apostólicas y buscando nuevas plataformas llevados por un simple afán de novedad. Hay periferias en cada plataforma apostólica. Hemos de escuchar la llamada de Dios en cada contexto y responder al profundo deseo de Dios, silenciado en medio del ruido del mundo. De nuevo, el punto clave es el discernimiento.

Me alegra ver las iniciativas de algunos claretianos que intentan llegar a nuevas plataformas y periferias para testimoniar y anunciar la alegría del Evangelio. Las iniciativas por la

²⁶ Aut 192, 340-453.

justicia, la paz y los derechos humanos donde éstos son conculcados, las actividades pastorales para atender a los más vulnerables dentro de la sociedad, los nuevos esfuerzos para promover la paz y la reconciliación en contextos sociales frágiles, el acompañamiento a los jóvenes y las familias, son algunas de estas nuevas iniciativas. Debemos explorar, en nuestras plataformas tradicionales de parroquias y centros educativos, las diversas periferias que necesitan nuestra presencia evangelizadora.

2.2. La salida hacia los jóvenes y el cuidado de las vocaciones

Hemos optado por dar una importancia especial a la atención los jóvenes y a la pastoral vocacional durante este sexenio. Con frecuencia los jóvenes quedan abandonados en las periferias, dejando que sean ellos, por sí mismos, quienes busquen llenar los anhelos de sus corazones. Las mentes y los corazones de muchos de ellos resultan fácilmente invadidos por las ideologías del mercado y sus falsas ofertas, al menos por un tiempo, hasta que toman consciencia de ello. Algunos misioneros rehúyen el contacto con los jóvenes por desconocimiento del lenguaje con que dialogar con ellos. De hecho, la lengua con la que hay que hablar a los jóvenes es la del amor auténtico y de la atención sincera hacia su búsqueda, reconociendo que nosotros mismos hemos pasado por esta etapa marcada por una actitud crítica y por la búsqueda del sentido de la vida. Con frecuencia, bajo una actitud rebelde o incluso contrariada de muchos jóvenes con respecto al discurso sobre Dios, hay un corazón humano en afanosa búsqueda de quien pueda llenarlo, del Señor de la vida. Como Juan Bautista, nuestra misión es facilitar su encuentro con el Señor. Hemos de colocar en un lugar privilegiado de nuestros corazones a los jóvenes. Siempre que sea posible, procuraremos “salir a su encuentro, caminar con ellos y posibilitar que escuchen las llamadas de Jesús”²⁷. Dejemos de ubicar la pastoral juvenil en las periferias de nuestro trabajo pastoral.

Con gusto promoveremos y daremos la bienvenida a aquellos hombres y mujeres a quienes Dios llama para unirse a nuestra Congregación y a las otras ramas de la Familia Claretiana. Un joven comienza a plantearse preguntas vocacionales cuando se siente atraído por la belleza de la vida misionera claretiana vivida con gozo y fidelidad por un claretiano. Por lo tanto, cada claretiano promueve o disuade las vocaciones según la calidad de su vida misionera. El ministerio vocacional no se refiere tanto a las técnicas o estrategias para que la gente se una a nosotros, sino más bien a “ayudar a alguien a conocer al Señor y a responder a la llamada del Señor” y por lo tanto necesitamos “salir de la sacristía y tomar en serio las preguntas y preocupaciones de los jóvenes”²⁸. Podemos aprender el arte del encuentro a partir de Jesús, que se acercó a los discípulos en su cotidianidad y les invitó sin darles falsas promesas. Personas como el joven rico (Mc 10,21-22) encontraron la invitación de Jesús demasiado exigente y la rechazaron. Otros no siguieron a Jesús cuando eso significaba arriesgar sus vidas por él (Jn 6,66). Como Jesús instruyó a sus discípulos, pidamos diariamente al Señor de la mies que envíe obreros a su mies (Lc 10, 2). Invito a los Organismos Mayores a que multiplicar sus esfuerzos para llegar a los jóvenes que

²⁷ MS 68.

²⁸ Papa Francisco, *Discurso en la Conferencia sobre Promoción de las Vocaciones*, (21 de octubre de 2016).

muestran signos vocacionales para pertenecer a nuestra Congregación. En la pastoral vocacional debemos tener cuidado de no aceptar a los candidatos indiscriminadamente en el programa de formación sin un discernimiento serio.

2.3. La evangelización de los evangelizadores

Claret prestó una atención especial a la preparación de evangelizadores para multiplicar los frutos de la misión. La fundación de la Congregación fue una de estas muchas iniciativas. A lo largo de la historia congregacional, los claretianos fueron buscados frecuentemente para la formación de sacerdotes, seminaristas, religiosos y evangelizadores laicos. Los Institutos de Teología de la Vida Consagrada que tenemos en los distintos continentes nos ofrecen la oportunidad de capacitar y apoyar la fuerza evangelizadora de la vida consagrada dentro del pueblo de Dios. Esta plataforma misionera para acompañar y cualificar a los evangelizadores, de modo especial a los religiosos y misioneros laicos, es una de las periferias en la que hemos de estar presentes con la debida preparación.

Necesitamos una nueva visión de los laicos como actuales o potenciales co-creadores en la evangelización. Es importante tomar conciencia de que cada familia es una escuela de fe y amor. La mesa familiar es un altar que ofrece a los padres la oportunidad de anunciar el Evangelio. Podemos decir lo mismo de las aulas y los patios donde los maestros o los entrenadores se convierten en apóstoles de estos nuevos areópagos. Debemos acogerlos y formarlos como co-creadores de la generación joven en la Iglesia. Nuestro proyecto de escuelas bíblicas debe centrarse en la formación de estos evangelizadores en el seno de la familia, en las aulas y los patios y en las calles.

2.4. Evangelización en el continente digital y en el área de las publicaciones

Otra fuerza evangelizadora en la Congregación la constituyen los misioneros dedicados a las publicaciones y a los medios de comunicación, que llegan a miles de hermanos y hermanas con quienes no van a encontrarse nunca personalmente. Claret tuvo un interés especial en usar estos medios para anunciar el mensaje del Evangelio. Dentro del contexto del cambio de hábitos respecto a la lectura y a los medios de información, hemos de buscar adaptarnos continuamente a esta nueva realidad. Debemos igualmente unir nuestras fuerzas en esta área para apoyar nuevas iniciativas en los Organismos jóvenes de la Congregación.

Para la reflexión: *¿Cuáles son, en tu propio contexto, las periferias existenciales donde se encuentran las personas que buscan el consuelo del Señor? ¿Qué necesitas para acrecentar tu disponibilidad para ser enviado a cualquier misión de la Congregación? ¿Cuál es la situación de los jóvenes en tu contexto misionero? ¿Te sientes preparado para acompañar a otras personas en su crecimiento espiritual?*

3. Conversión personal y comunitaria

Es conveniente reflexionar conjuntamente sobre la conversión personal y comunitaria porque ambas actúan como la levadura que produce una transformación mutua. La actitud permanente de conversión es el núcleo de la vocación misionera. Una comunidad evangelizadora ayuda a la conversión personal, así como la conversión personal de cada uno transforma la comunidad. Por el contrario, una comunidad inconsistente echa a perder los procesos de crecimiento y conversión personal de sus miembros, del mismo modo que las personas incoherentes pueden causar grandes dificultades tanto para la vida comunitaria como para el apostolado. Hemos de crear las condiciones necesarias para que la vocación de los misioneros pueda florecer allí donde está plantada. Tenemos personas estupendas en la Congregación, pero algunas de ellas permanecen por largo tiempo obstaculizadas por algunos temas en su proceso de crecimiento personal. Me gustaría que cada uno de ellos pudiera llegar a dar lo mejor de sí mismo al servicio del Señor, como una mariposa que sale del capullo.

3.1. Comunidad de testigos y mensajeros

El proceso de transformación implica cambios radicales en el modo como vivimos nuestras relaciones en el seno de la comunidad, en cómo ejercemos la autoridad y administramos los bienes temporales. Son necesarias relaciones transformadoras que ayuden a pasar de un sistema centrado en el “ego” (que se preocupa sólo del bienestar personal) a una “conciencia comunitaria” (que se preocupa del bienestar de toda la comunidad, que obviamente incluye a cada uno de sus miembros). Este cambio es posible a través de una comunicación abierta, del diálogo y de la creatividad de todos²⁹.

3.1.1. Crear la comunidad-misión

Las comunidades que Claret promovió para la evangelización eran comunidades-misión (casa misión). La característica de tales comunidades era que todos sus miembros vivían estrictamente en común y salían regularmente a trabajar en el sagrado ministerio³⁰. Claret preparó a un grupo de jóvenes sacerdotes para “responder al fuerte deseo del pueblo de escuchar la Palabra de Dios³¹”. La primitiva comunidad claretiana se organizó de tal forma que gozaban de un tiempo en que, permaneciendo juntos, se ayudaban mutuamente al crecimiento espiritual e intelectual, para poder luego predicar la Palabra de Dios al pueblo. Debemos conservar esta visión integral del Fundador con respecto a la organización de la comunidad para ser efectivos en la misión. Hemos tenido maravillosas comunidades que han dado un inspirador testimonio de amor fraterno y de servicio misionero efectivo al pueblo.

A veces algunas dinámicas comunitarias inmaduras nos impiden ser testigos creíbles del amor evangélico ante aquellas personas con quienes compartimos la misión. Uno de estos

²⁹ Cf. MS 70.

³⁰ Cf. *Aut* 491.

³¹ Cf. Carta de Claret al nuncio apostólico (12 de agosto de 1849).

dinamismos tiene que ver con los destinos. Cuando un superior nuevo no sabe usar sus talentos personales para construir sobre el pasado, puede tender a imponer sus preferencias personales en la vida comunitaria y en el ejercicio de la misión. En estos casos la misión se va programando de nuevo una y otra vez de acuerdo a la personalidad del superior de turno. Hay también comunidades en las que las diferencias entre sus miembros provocan una especie de “fuego amigo” que frustra la vida y la misión de la comunidad. Hemos de llegar a aquella madurez que permite poner las diferencias personales y los talentos de cada uno al servicio del bien de la comunidad-misión y continuar construyendo sobre los logros alcanzados por quienes antes se esforzaron en ello.

3.1.2. Transformación en el gobierno de la Congregación

La mayoría de los misioneros tiene alguna responsabilidad de gobierno o liderazgo, ya sea dentro de la Congregación, ya sea en otras instituciones. Pienso en los superiores locales y provinciales, sus consultores, los directores de instituciones, los párrocos, etc. La conversión personal afecta al modo como entendemos y ejercemos la autoridad y el liderazgo. Todas las posiciones de autoridad en la Congregación son posiciones destinadas a promover la comunión y la unión de todos los miembros al servicio de la misión³². Hemos de aprender el arte de canalizar la capacidad de todos los individuos en orden a ofrecer una contribución significativa y co-creativa a la configuración del futuro de la Congregación.

El Capítulo General invitó a todos los que ejercen el servicio de la autoridad a discernir y actuar según el corazón de Dios, acompañando a las personas y promoviendo un compromiso apostólico creativo³³. Muchos Organismos Mayores han conseguido un nivel razonable de madurez colectiva que mantiene la orientación de los cuatro principios de gobierno, a saber: subsidiaridad, subordinación, colaboración y corrección fraterna. Cuando el principio de subsidiaridad no es convenientemente afirmado, sufre la fidelidad creativa de los individuos para llevar a cabo sus responsabilidades. Cuando la función de los superiores es minimizada o ignorada, la misión de la Congregación se reduce a una suma de ministerios personales sin ningún tipo de unidad orgánica entre vida y misión. Desafortunadamente, hay lugares donde los misioneros no son testigos de comunión a causa de la falta de madurez religiosa para aceptar la función de los superiores. La colaboración entre los diversos servicios comunitarios y la práctica de la corrección fraterna son medios importantes para garantizar un gobierno participativo y compasivo en la Congregación.

Estamos acostumbrados a dejar que el pasado determine nuestras acciones presentes. Evaluamos nuestras experiencias, aprendemos de nuestros errores y trabajamos para mejorar nuestra actuación presente. Frecuentemente olvidamos una dimensión importante del gobierno espiritual que supone una apertura a ser guiados por el futuro, todavía desconocido, que co-creamos junto con el Espíritu del Señor. Esto requiere situarnos más allá de los modelos del pasado y conectar con el espacio contemplativo y la fuente de creatividad que hay dentro de

³² Cf. CC 103, 113.1, 136.

³³ Cf. MS 72.

nosotros, que es donde el Espíritu del Señor hace surgir proyectos creativos para la nueva evangelización. Como dijo acertadamente el Maestro Eckhart, “lo que plantamos en el terreno de la contemplación, se recoge en la cosecha de la acción”.

3.1.3. Transformación en el uso del dinero y los recursos económicos

Una auténtica transformación se manifiesta con mayor claridad en el modo como apreciamos los valores del Reino y nos relacionamos con los bienes temporales con espíritu de pobreza religiosa. Todos los bienes materiales y espirituales con que contamos son para el bien de la comunidad y del pueblo de Dios. Por lo tanto, la comunicación de bienes, la responsable administración de nuestros bienes para atender las necesidades de los hermanos y de la misión, la apertura para compartir nuestros recursos con los pobres y los necesitados son aspectos fundamentales de nuestra vida misionera. La sencillez de la vida personal y comunitaria, que se alegra de la llegada del Reino y renuncia a cualquier apego a las cosas del mundo, nos permite vivir nuestra consagración al Señor con alegría y libertad. No necesitamos la mayoría de las cosas que la gente anhela poseer. La sencillez de vida nos mantiene lejos del ámbito de la codicia, en el que otros nos podrían comprar o controlar con dinero, regalos, remuneraciones, posiciones sociales y promesas. La sencillez de vida protege nuestra libertad profética y nos coloca cerca del pueblo de Dios de todas las categorías sociales. Cuando vivimos la pobreza, tanto real como en el Espíritu³⁴, nos podemos identificar con cada ser humano, como hizo Jesús, a través de un amor que lo da todo. Es inspirador contemplar a tantos de nuestros misioneros que regresan a la casa del Padre llenos de gozo después de haber vivido con simplicidad y en pobreza, sin ningún tipo de cosas que les pertenezcan.

Cuando nos retenemos para nosotros mismos los recursos con que contamos, ya sea en el ámbito de la Provincia o Delegación, ya sea en el ámbito comunitario o personal, estamos caminando por el sendero que conduce a la codicia de poseer, a la búsqueda de estatus, a la envidia y a la amargura. El principio “si no hay dinero, no se puede llevar a cabo la misión” va en contra de la pobreza que sostiene el celo apostólico. No hay suma de dinero alguna que pueda hacer lo que es capaz de realizar por el Reino un corazón misionero lleno de celo. Pienso en la Madre Teresa de Calcuta y en otros muchos Fundadores que realizaron grandes cosas en la Iglesia porque se confiaron al Señor, y el Señor les proveyó de todo lo necesario para la misión. Nuestro Fundador no mostró ningún apego al dinero y usó con libertad para el anuncio del Evangelio todo lo que recibió³⁵. Una preocupación excesiva por la seguridad económica es un claro síntoma de que el Evangelio no es la luz que guía nuestros pasos. Nuestra solidaridad con los pobres es verdadera cuando el dinero que gastamos para nosotros mismos, encuentra una razonable correspondencia con la vida de las personas que nos rodean.

La forma claretiana de relacionarse con los recursos personales o comunitarios (tiempo, talentos, dinero y cosas materiales) consiste en considerarlos como medios para llevar a cabo la misión, compartiéndolos para el bien común y para la atención a los pobres. Incluso cuando

³⁴ Cf. CC 38.

³⁵ Cf. *Aut* 133, 200, 360, 361, 771.

emprendemos algunos proyectos que nos permiten conseguir ingresos económicos para el sustento de nuestros misioneros y el apoyo a las misiones necesitadas, los hemos de gestionar con el mismo espíritu de servicio a la Iglesia y a la Congregación. Transparencia, responsabilidad en el uso de los recursos y rendición de cuentas son la marca que distingue a un misionero lleno de gozo.

Para la reflexión: *¿Qué dones ofreces a la comunidad para enriquecer su vida y promover su misión? ¿Qué cambios son necesarios en el estilo de liderazgo y en la administración de los bienes temporales para ser testigos de los valores evangélicos que anunciamos? ¿Qué vas a aportar tú en este sentido?*

3.2. Adoradores de Dios en Espíritu

El papa Francisco nos invitó a los claretianos a ser hombres que adoren al Señor³⁶. Explicó que no se trataba solamente de recitar oraciones o incluso de dar gracias, sino de situarse en la presencia del Señor. Como claretianos hemos de crear este espacio contemplativo en nuestras vidas, un espacio donde podamos presentarnos con total transparencia ante el Señor que nos ama y que nos haga sentir llamados a salir hacia las periferias para testimoniar la alegría del Evangelio. Claret vivió este arte de la adoración con especial intensidad cuando recibió la gracia de la presencia eucarística en su corazón³⁷. Estamos invitados a crecer en la conciencia de la presencia de Dios en nosotros cuando oramos, trabajamos o sufrimos. Como misioneros, nuestra primera contribución a la misión de la iglesia es la de profundizar la dimensión teológica de nuestras vidas³⁸.

3.2.1. Cultivar nuestra espiritualidad misionera

Cuando hablamos de espiritualidad claretiana hablamos de nuestra identidad, según Dios nos ve y nos ama. Descubrimos nuestra identidad misionera cuando nos damos cuenta de que el Señor nos ha llamado para estar con Él y para enviarnos en misión (cf. Mc 3,13). Somos capaces de irradiar la alegría del Evangelio a otros cuando hallamos dentro de nosotros mismos el gozo del amor de Dios. Si nos encerramos en el marco ilusorio de nuestro “ego”, que se identifica con las características físicas o sociales (belleza física, raza, popularidad, estatus, protagonismo, etc.), resultará difícil descubrir la imagen de Dios en nosotros mismos y en los demás, y la misión se reducirá a un conjunto de acciones sociales filantrópicas. Hemos de conocer y amar con mayor profundidad a nuestro Padre Fundador y nuestro carisma para poder amar y vivir nuestra propia vocación misionera. La Prefectura General de Espiritualidad está preparando el “Año Claretiano”, como una iniciativa congregacional que nos ayude a profundizar el conocimiento del P. Fundador y nuestra herencia espiritual.

Hay algunos momentos especiales en nuestro camino de conversión al Señor. En diferentes momentos del camino se caen las escamas de nuestros ojos permitiéndonos ver a los demás y al mundo a través de la mirada de Dios. Muchos muros de separación se derrumban, muchos

³⁶ Papa Francisco, *Saludo a los participantes en el XXV Capítulo General*, (11 de septiembre de 2015).

³⁷ Cf. *Aut* 694.

³⁸ Josep M. Abella, *Misioneros* 2.1.

prejuicios sobre las personas se desvanecen y nuestro corazón misionero es capaz de contemplar su verdadero rostro, el rostro del Señor crucificado. El compromiso misionero es una consecuencia natural de nuestra experiencia de Dios. La vida de Claret es un modelo para nuestro camino espiritual. Hemos de cuidar nuestra vocación claretiana y crecer en nuestra identidad misionera y sentido de pertenencia a la Congregación como parte del proceso de transformación. Recomiendo encarecidamente a cada claretiano que cuide su desarrollo espiritual y se sirva de la ayuda de un director espiritual o de otros medios disponibles en la Iglesia³⁹. El programa “La Fragua” ha venido ofreciendo la oportunidad de una renovación claretiana a aquellos misioneros que deseaban una experiencia de renovación después de muchos años de trabajo misionero. Vamos a procurar facilitar esta experiencia a más claretianos como parte de su programa de formación permanente, especialmente con motivo de la celebración de las bodas de plata de su profesión.

3.2.2. La vocación misionera como una llamada transformadora del Señor

Nuestra misma vocación comienza con una experiencia de conversión. El encuentro con Jesús y su Evangelio, seguido de la experiencia de su llamada a seguirlo. Para muchos de nosotros esta llamada supuso un cambio total en el proyecto de vida que nosotros mismos y nuestros padres habíamos pensado. Pero, al mismo tiempo, abrió un nuevo horizonte insospechado en nuestras vidas. Muchos de nosotros experimentamos lo que dijo Blaise Pascal, “el corazón tiene razones que la razón no entiende”. El resto de nuestra vida tendrá que adecuarse a la nueva orientación según lo que perciba el corazón. Nuestro camino vocacional nos lleva a conocer “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad y el amor de Cristo que excede a todo conocimiento” (Ef 3,18) y a aprender a mirarnos y a mirar a los otros y al mundo a través de la lente del Evangelio. Cada uno de nosotros tiene una historia vocacional única que incluye romper y construir, arrancar y plantar. Muchos de nuestros compañeros abandonaron la vocación claretiana; sin embargo, algo nos mantuvo a nosotros en el camino escogido. Los procesos de discernimiento vocacional y la formación de nuestros candidatos han de considerar seriamente su experiencia de Dios y su progresiva traducción en un compromiso misionero.

La conversión personal a través del encuentro con la persona de Cristo y una razonable conciencia de la llamada de Dios a la vida misionera son necesarias para iniciar el proceso formativo en la Congregación.

3.2.3. La formación, un proceso permanente de transformación

La formación misionera es el camino que lleva a ser una nueva creación en Cristo. El fulcro sobre el que gira el proceso formativo es la llamada de Cristo y la respuesta generosa que da el llamado con la ayuda de la gracia. Tenemos el ejemplo de nuestro Fundador. Su vida muestra el poder transformador del amor de Cristo en una persona joven cuya vida llegó a ser un testimonio poderoso de la alegría del Evangelio.

Cada formando que entra en nuestros centros de formación es un don precioso de Dios. Debemos darle la bienvenida y acompañarlo en su itinerario formativo con el corazón del Señor

³⁹ Cf. CC 54.

que formó a sus discípulos para estar con él y enviarlos a su misión (Mc 3,13). Cuando pidamos a un formando que abandone la formación después de un debido discernimiento, lo haremos por amor al bien real de la Congregación y del propio formando. En la formación permanente, tenemos el modelo de Jesús que acompañó a los discípulos por el camino de Emaús, comprometiéndolos en un diálogo de búsqueda interior. Ello ayudó a los discípulos, que estaban por renunciar a la misión de Jesús, a redescubrir su vocación y regresar a la comunidad apostólica (Lc 24,13-35).

Sabemos que un planteamiento formativo que privilegie la información y el aspecto intelectual no ayuda a encontrar el tesoro que hay dentro de cada uno y que está escondido a los sabios y prudentes y revelado a los pequeños (cf. Lc 10,21). No es posible la transformación sin abrirse a la presencia de quien está presente en el fondo de nuestros corazones, el Espíritu del Señor resucitado que nos llama a la misión y nos acompaña. La formación es un proceso de transformación en Cristo que ha de durar toda la vida y que ha de abarcar el corazón, la cabeza y las manos. El programa formativo ha de posibilitar los procesos de “crecimiento” en todas las dimensiones de la personalidad para poder alcanzar una madurez integral (cf. Lc 2,52), y ayudar a despertar espiritualmente para revestirse del hombre nuevo (cf. Ef 4,24; Col 3,9-10; Rom 8,12-13; Mt 9,17). Este proceso requiere destruir y construir, morir y resucitar; dicho de otro modo, asume el Misterio Pascual de Cristo.

Formados por el misterio pascual, aprendemos a ver los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas a través de los ojos de Dios y a amarlos con un corazón compasivo. De este modo podremos llevar a nuestra oración comunitaria y a nuestras liturgias las alegrías, los sufrimientos, las tristezas, los desafíos, los rostros y la verdadera vida de la gente. Nuestra actividad pastoral será capaz de comunicar la misericordia de Dios con su pueblo. Por lo tanto, nuestra formación estará orientada a la misión cuando supere la dicotomía entre contemplación y acción, entre formación inicial y continua. Seremos místicos en la misión.

Muchos problemas comunitarios y luchas personales de los misioneros están relacionados con problemas en torno al “ego” que no han sido superados ni siquiera después de muchos años de formación y experiencia pastoral. Parece que no somos capaces de romper el dique del “ego” y llegar a la fuente del amor que nos habita. Puede ser que el motivo sea que no nos preocupamos suficientemente de abrir espacios contemplativos en nuestra vida que nos permitan llegar hasta allí. Muchos no son capaces de mantenerse firmes en medio de las tormentas y tempestades que aparecen en las relaciones interpersonales y en el ministerio, y de crecer espiritualmente a través de estas pruebas. Por el contrario, ceden a la acedia y algunos optan por “salvarse a sí mismos” abandonando la Congregación. Los procesos formativos han de ayudar a los misioneros a cargar con las cruces, los sufrimientos y los momentos de oscuridad en la vida. No debemos renunciar a presentar un Evangelio donde está presente la Cruz y la renuncia gozosa.

Un camino importante que estamos llamados a emprender en nuestra Congregación es el de la interculturalidad⁴⁰. Es un testimonio profético en un mundo que busca la unidad en la diversidad. En este sexenio, nos esforzaremos especialmente para seguir creciendo en el camino de la interculturalidad.

Para la reflexión: *¿Cuáles son las prioridades en tu vida misionera? ¿Cómo mantienes estas prioridades? ¿Cómo cuidas el crecimiento permanente en tu vocación misionera?*

⁴⁰ Aquilino Bocos, *La obligada vía de la interculturalidad*: Annales 65 (2001) 60-83.

III

TENTACIONES Y ENFERMEDADES ESPIRITUALES QUE ACECHAN NUESTRA VIDA Y MISION

En varias ocasiones el papa Francisco ha indicado las tentaciones y enfermedades a las que sucumben muchos misioneros y agentes pastorales y que provocan una pérdida de celo misionero⁴¹. Es conveniente identificar las tentaciones y enfermedades que debilitan nuestro celo misionero y un compromiso gozoso. Apunto algunas de las más importantes:

1. Mundanidad espiritual

El papa Francisco ha indicado la amenaza de mundanidad que afecta a la Iglesia y que la aleja de su verdadera misión⁴². Cuando son las actitudes mundanas las que motivan nuestro ministerio y el servicio al pueblo de Dios, estamos contaminados por el virus de la mundanidad espiritual. Bajo la hermosa apariencia de la gloria de Dios escondemos nuestro deseo de gloria humana y comodidad. Lo que realmente cuenta en este supuesto es el éxito, el estatus, el aprecio, la ganancia y el confort y, en cambio, no cuentan la dedicación, la entrega personal, la verdad, la bondad y la cruz de Cristo. La mundanidad espiritual nos impide valorar y celebrar la bondad de la Creación con la libertad de los hijos de Dios. Se presenta con su encanto angélico y aparece en vivos colores en el momento de la prueba y el sufrimiento, porque la mundanidad separa el sufrimiento y la obediencia del Misterio pascual de Cristo. Hay vestigios de mundanidad espiritual entre nosotros que se manifiestan en:

1.1. Clericalismo

Empaña la belleza de la vocación sacerdotal sirviéndose de ésta para aumentar la propia gloria y superioridad con relación a otras formas de vida en la iglesia, en lugar de entregar la propia vida al servicio de los demás. Puede incluso deshonar las órdenes sagradas abusando de la posición eclesiástica para mandar sobre los demás y menospreciar la vocación de los hermanos en la Congregación. Es muy difícil mantener la verdadera naturaleza de la vocación sacerdotal en aquellas culturas que conceden al sacerdote un estatus por encima de otros en la escala social. El desafío es responder a la confianza y cariño que la gente tiene para los sacerdotes y las personas consagradas, siendo auténticos pastores y servidores según el corazón de Cristo.

1.2. Carrerismo

Otra forma de mundanidad se manifiesta cuando se busca la propia gloria obteniendo posiciones de liderazgo en las instituciones, reclamando especializaciones para satisfacer intereses personales y negociando para obtener posiciones de gobierno en la Congregación. La formación,

⁴¹ EG 76-109. También el discurso del Papa a la Curia romana el 22 de diciembre de 2014.

⁴² EG 93-95. Henri de Lubac acuñó esta palabra para indicar el peligro más fuerte en una iglesia misionera.

clara o encubierta, de grupos basados en la identidad lingüística, regional o étnica y los conflictos que ello ocasiona en algunas partes de la Congregación, con frecuencia descubre el deseo de promover intereses personales o grupales, pero nunca la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sin tener clara conciencia de ello, algunos caen en la mundanidad y sacrifican su tiempo, su energía y la misma vida en el altar de la codicia de poder y posiciones, quedando siempre insatisfechos. La alegría de entregarse a Cristo y a su pueblo es ajena a aquellos que intentan llenar el vacío del corazón con poder, posiciones o cosas. El carrerismo rehúye afrontar el vacío del corazón humano que solamente Dios puede llenar.

1.3. Vanagloria

Otra forma de mundanidad espiritual es el falso orgullo por la eficiencia en el desarrollo del ministerio propio o por el prestigio de la Congregación en comparación con otros agentes de evangelización. La afirmación de nuestra identidad carismática comparándola con la de otros puede ser que ayude a una subida de nivel del “ego colectivo” viendo los logros, los números, las presencias internacionales, etc. Sin embargo, nos impide contemplar la belleza de la acción del único Espíritu en cada persona y en cada realidad carismática en la Iglesia, y celebrar la unidad fundamental que nos une a todos en una única familia de Dios. La vanagloria es diferente del legítimo orgullo y alegría que el misionero siente al ver el bien que la Congregación realiza en la Iglesia y en el mundo.

1.4. Pesimismo

El pesimismo es otra forma de mundanidad que aflora en muchos misioneros que se glorían del pasado, ven el descenso del número de vocaciones, y observan con una mirada pesimista cómo se van cerrando posiciones y crece la edad media de los miembros del Instituto. Leen las estadísticas y los análisis sociológicos y prevén un futuro incierto para la Congregación y la vida consagrada. Para ellos la bendición del Señor solamente se puede manifestar del mismo modo que lo hizo cuando ellos eran jóvenes. Están perturbados preguntándose por qué el Señor ha permitido la decadencia de la Iglesia y todo lo que está ocurriendo en el mundo. Cuando la historia actual se desvincula de la historia de la salvación perdemos la visión de fe de la historia humana y nos encerramos en una visión sociológica que predice un futuro incierto. El pesimismo cierra la mente y el corazón y nos impide acoger y co-crear el futuro que el Señor nos pide.

1.5. Mentalidad mercantil

Se trata un planteamiento de las actividades apostólicas desde un estilo de gestión empresarial, como si se tratara de un negocio creado para conseguir beneficios. Es verdad que necesitamos la sabiduría de las ciencias sociales y los principios de una buena gestión y organización para llevar nuestras instituciones y proyectos de una forma adecuada. Sin embargo, el objetivo de todas nuestras posiciones misioneras va más allá de una gestión excelente y de la búsqueda de ventajas institucionales. El desafío es mantener el objetivo fundacional, que nace de nuestra identidad misionera en la Iglesia. Hemos de evaluar nuestra fidelidad al Evangelio más que el prestigio social que acompaña el tener instituciones de renombre. Esto se manifestará a través

de la mística que anima estos trabajos y en la atención que se da al bienestar integral de los destinatarios de la misión y al desarrollo de una relación con nuestros colaboradores que les ayude a crecer.

1.6. Posición social

En contextos donde el misionero es tenido en gran estima y existe una tradición que mantiene “presencias decorativas” en las celebraciones y en diversos actos, uno puede perderse en las apariencias, reuniones, fiestas, comidas y recepciones. Cuando se da prioridad a este tipo de funciones, queda poco tiempo para la responsabilidad primera que es el anuncio del Evangelio del amor y la misericordia al pueblo de Dios, especialmente a los pobres. La mundanidad promueve una “cultura de la comodidad” en nuestro estilo de vida. Por ello, la renuncia gozosa a las comodidades y el cargar con la cruz de Cristo no forman parte de la “buena vida” con la que un “misionero mundano” sueña, una vez concluido el período de formación inicial.

2. Activismo y letargo

Es un virus que afecta al misionero cuando abandona la vida de oración para tener más tiempo para su cargada agenda apostólica. Muchos se sorprendieron de que el papa Francisco pidiera a los claretianos dar prioridad a la adoración del Señor. Indicó también que era una deficiencia de la Iglesia de hoy. Tenemos el peligro de desarrollar muchas actividades apostólicas con un corazón vacío cuando no dedicamos tiempo al Señor. Si el fuego del Espíritu no arde en nuestros corazones, no podremos ser misioneros llenos de fervor, alegría, generosidad, audacia, amor gratuito y atracción⁴³. El papa Francisco subrayó la necesidad de recuperar el espíritu contemplativo para apreciar los tesoros que Dios nos ha confiado para compartir con los demás⁴⁴. El virus del activismo ha provocado la pérdida de la vocación de muchos claretianos. Acción sin contemplación es como los fuegos artificiales: después de exhibirse en el aire, caen al suelo y no son más que envoltorios vacíos.

Quizás el impacto más dañoso para el espíritu misionero de una comunidad provenga de misioneros poco motivados que se contentan con lo mínimo y, además, critican a los miembros de la comunidad que más trabajan. Cuando un misionero sucumbe al letargo y hace pacto con la mediocridad en su vida y su misión, es normal que las diversiones y las adicciones ocupen su corazón y le alejen de la alegría del compromiso misionero. Ante esta situación, deberemos hacer lo imposible para ayudar al misionero a recuperar su “amor primero por el Señor” (cf. Ap 2,4). El compromiso por la calidad y la dignidad en todo lo que hacemos es un modo de expresar la alegría y la gratitud por nuestra vocación claretiana.

⁴³ Cf. EG 261.

⁴⁴ Cf. EG 264.

3. Mundanidad digital

El nuevo continente de internet y otros medios nos ofrecen una plataforma estupenda de evangelización y de coordinación de iniciativas para el bien de la humanidad y del planeta. Pero, sin una adecuada educación para el uso de los medios y una madurez personal, podemos caer en aquello que el papa Francisco ha denominado “mundanidad digital”, que se cierra y se abre con un simple *click*⁴⁵. En lugar de usar esta plataforma para la evangelización y para crear fraternidad, algunos han pasado a tener adicción a internet, buscando su propia satisfacción o el simple entretenimiento. Las comunidades y amistades virtuales sustituyen a las comunidades y compañeros reales. Hoy día, los misioneros destinados a otro país o continente pueden seguir viviendo virtualmente en su propia cultura, hablar su lengua nativa, y pasar la mayor parte del tiempo viendo películas de su país natal o chateando con los amigos de su propio país. Un misionero puede pasar horas y horas viendo páginas web de todas clases, lo que le impide dedicarse a conocer, amar y servir al pueblo al que ha sido enviado. Medios de comunicación social como *WhatsApp* y *Facebook* pueden ser una ayuda efectiva para mantener puentes de comunicación entre nosotros. Sin embargo, a veces se abusa de estos medios para promover intereses de parte y vengarse de otras personas. Hemos de crecer en transparencia y prudencia en el uso de internet y educarnos para usar mejor esta plataforma como evangelizadores y no como simples consumidores.

Con objeto de evitar la excesiva dispersión y ofrecer una propuesta evangelizadora de calidad, tendríamos que fomentar la colaboración entre nuestras principales páginas web y otros servicios digitales que la Congregación tiene en diversas partes del mundo.

4. Murmuración

El virus de la murmuración se extiende con mucha facilidad, como el fuego, a través de mensajes en los medios de comunicación. Debilita la vida fraterna en las provincias, mancha el buen nombre de los hermanos y ofrece el execrable placer de hablar mal de los demás. La murmuración contamina el corazón igual que el agua residual contamina el agua que surge en un pozo profundo. La murmuración se alimenta de la envidia y los celos y causa divisiones entre los hermanos. El papa Francisco ha advertido repetidamente a los religiosos de las enfermedades de la murmuración, las quejas y las venganzas que destruyen la vida fraterna. Ha invitado a los religiosos a protegerse contra el “terrorismo de la murmuración”⁴⁶. Necesitamos apartarnos conscientemente de la murmuración y de divulgar rumores. Por el contrario, hemos de esforzarnos por hablar bien de los demás y procurar practicar la corrección fraterna, dirigiéndonos con sinceridad directamente a las personas interesadas.

⁴⁵ Cf. Papa Francisco, *Homilía en la Misa crismal*, (24 de marzo de 2016).

⁴⁶ Papa Francisco a la Conferencia de Superiores Mayores de Italia, (7 de noviembre de 2014).

5. Individualismo pastoral

Ésta es seguramente la tentación más presente en la vida de muchos misioneros. Muchos se sienten a gusto trabajando solos con el apoyo de personas sumisas de fuera. ¡Cuántas comunidades no son sino residencias para misioneros que llevan a cabo su misión individualmente! Están en la comunidad como patatas que están dentro del mismo saco, desconectados de los demás aunque vivan bajo el mismo techo. El individualismo pastoral es tentador porque al inicio parece eficiente y facilita decisiones rápidas tomadas sin el retraso que suponen los procesos de planificación, discernimiento y toma de decisiones en común. Es también un modo para evadir la desazón que suponen las reacciones y correcciones de los hermanos. Sin embargo, pierde la oportunidad de aprovechar la sabiduría de los otros miembros de la comunidad, y no permite a éstos participar y sentirse corresponsables del apostolado. Provoca también la falta de continuidad en la misión cuando tiene lugar el cambio de personal. Me acuerdo de un proverbio africano que dice: “Si quieres llegar rápido, ve solo. Si quieres llegar lejos camina con otros”. Podemos evitar el individualismo pastoral solamente si el centro de gravedad de nuestros apostolados pasa de buscar la “gloria personal” a buscar la “gloria de Dios”, de procurar la realización personal a ponerse al servicio del pueblo de Dios y de alcanzar unos objetivos inmediatistas a transformarse en un servicio que permanezca en el tiempo.

6. Pensamiento dualista y excesivo racionalismo

La tendencia a verlo y juzgarlo todo desde los parámetros blanco-negro, bueno-malo, verdadero-falso, amigo-enemigo, moral-inmoral, hace difícil una vida comunitaria gozosa y unas relaciones auténticas. Incluso antes de conocer a una persona o de entender lo que está pasando, se juzga en favor o en contra. Esta carta circular, por ejemplo, no alcanzará su objetivo si solamente es analizada y estudiada para juzgar su ortodoxia. Solamente lo alcanzará si se la acoge como un cuestionamiento que invita a vivir la alegría de la vocación misionera. Dentro del espacio fraterno que supone esta carta, hay lugar para buscar clarificaciones, corregir errores y para enriquecerla con las importantes aportaciones de todos los misioneros.

Un pensamiento dualista impide ver el cuadro en su totalidad, rechaza la sabiduría de una perspectiva diferente y cierra la puerta que nos abre a descubrir las sorpresas de Dios en nuestra historia. Las ideas dividen y las ideologías tienden a destruir a quienes no las aceptan. El Espíritu del Señor une nuestros corazones y mantiene nuestras diferencias provocando una tensión creativa que facilita el crecimiento. El pensamiento crítico es un don que Dios ha concedido a los seres humanos para protegerlos de un subjetivismo ingenuo. La razón es una buena compañera que ayuda a buscar la verdad y la bondad, pero se convierte en una mala maestra cuando usurpa de la vida humana el espacio de la fe, el misterio y la transcendencia. Los misioneros haremos bien si, como María, contemplamos el misterio de la acción de Dios en nuestras vidas y cooperamos con el Espíritu Santo, en lugar de querer manipularlos con ingenuidades humanas.

Para la reflexión: ¿Cuáles son las tentaciones que afectan tu vida y misión y las de otros claretianos en el contexto dónde vives? ¿Cómo las confrontas?

IV

CAPACIDADES Y DONES PARA PROCLAMAR HOY LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

Al mismo tiempo que permanecemos atentos a las tentaciones y enfermedades que debilitan nuestra vitalidad misionera, es importante cultivar y reforzar las virtudes y técnicas necesarias para nuestro trabajo misionero. Propongo algunas que me parecen importantes en este tiempo:

1. El discernimiento

Como misioneros “con Espíritu”, el instrumento más importante que tenemos para caminar con el Espíritu es el discernimiento. Nos habilita para ver lo que el Señor nos pide cuando nos toca tomar una decisión personal o comunitaria. La vida del P. Fundador nos ofrece el mejor ejemplo de cómo un misionero busca la voluntad de Dios en cada momento de la vida⁴⁷. El discernimiento es como una brújula que indica la dirección de la voluntad de Dios sobre nosotros. Cuando hemos de tomar decisiones importantes, hemos de acostumbrarnos a orar, como hizo Claret, preguntando al Señor, “*Domine, quid me vis facere?*”⁴⁸. Claret aprendió de la tradición ignaciana cómo hacer un buen discernimiento y lo dejó como un legado en la tradición de la Congregación. Recuerdo muy bien lo que nuestro maestro de novicios, el P. Franz Dirnberger, preguntaba repetidamente a los novicios: “*¿Es ésta la voluntad de Dios?*”. Un elemento de discernimiento que hemos heredado de la experiencia del Fundador es el “*Quid prodest?*”⁴⁹, una fase del discernimiento en el programa de La Fragua. La pregunta introspectiva “de qué le sirve” es un instrumento apropiado para penetrar en el alma cuando nos encontramos con una presión interna o con influencias externas para actuar y no acertamos a identificar con claridad la voz de la conciencia.

Me llena de tristeza ver que importantes decisiones que tienen un fuerte impacto en la vida son tomadas por algunos misioneros de un modo muy ligero, de acuerdo a la presión de razones o sentimientos compulsivos, sin una preocupación por conocer lo que Dios quiere de ellos en aquella situación. Necesitamos reforzar la cultura del discernimiento en todos los procesos de toma de decisiones. Nos ayudaría a objetivar muchas voces seductoras dentro y fuera de nosotros y a escuchar el suave sople del Espíritu que nos indica el verdadero y real bien, contrastando el

⁴⁷ Cf. Aut 40, 78, 81, 496, 624, 762.

⁴⁸ “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hech 22,10).

⁴⁹ “¿De qué le sirve?” (Mt 16,26).

bien aparente. Invito a todos los Superiores Mayores a programar algunas iniciativas que ayuden a nuestros misioneros al conocimiento y práctica del arte del discernimiento en la vida ordinaria.

2. La escucha

Muchas de las proposiciones del Capítulo General que tienen que ver con el discernimiento, la vida comunitaria, la misión compartida, el diálogo con las culturas y las religiones y la formación intercultural exigen la capacidad básica de escuchar. Desgraciadamente la virtud de escuchar es más comentada que practicada. Muchos de nosotros comenzamos el diálogo llenos de prejuicios e ideas, de modo que queda muy poco espacio para comprender lo que el otro quiere comunicar verbalmente o de otro modo. El diálogo acaba siendo la superposición de dos monólogos. La capacidad de escuchar a Dios y a los otros o de percibir los movimientos internos de uno mismo es necesaria para un discernimiento auténtico, para la vida en comunidad y para el diálogo intercultural e interreligioso.

3. La atención plena

Observar y estar despiertos son dos aspectos importantes que los discípulos de Jesús y los miembros de las primeras comunidades cristianas fueron invitados a cultivar. Se les pidió que tomaran conciencia de la seducción de los falsos profetas y de la levadura de los fariseos⁵⁰, que se mantuvieran vigilantes y orantes para no caer en tentación⁵¹, y que se guardaran de cualquier forma de codicia y de la falta de disposición interior⁵². La vigilancia es la cualidad necesaria para esperar la venida del Señor⁵³. La expresión “atención plena” (*mindfulness*) se usa frecuentemente para expresar la actitud de vigilancia.

En el mundo moderno estamos muy atentos a la amenaza de los virus, a los percances de la salud y a las condiciones climáticas. Nos precavemos ante el peligro de la violación del ordenador por parte de los piratas informáticos y del robo de bienes materiales. Desgraciadamente muchos de nosotros no estamos igualmente atentos a las amenazas contra la vocación o la salud espiritual. Necesitamos cultivar la atención para cuidar nuestro mundo interior de ser invadido por nuestras propias emociones e ideas, y estar atentos a las sollicitaciones que llegan desde fuera. La atención nos hará sensibles a los signos de los tiempos. Las virtudes de la fortaleza y la resistencia en tiempos de prueba y la cooperación consciente con la voluntad del Señor exigen un grado notable de atención. Los actos hechos con ligereza traen consecuencias funestas. Es importante para una vida gozosa cultivar la atención.

⁵⁰ Cf. Mt 7,15; 24,4-5; Mc 8,15; Rom 16,17.

⁵¹ Cf. Mc 14,38; Lc 12,15.

⁵² Cf. Lc 12,15; 1 Pe 5,8.

⁵³ Cf. Mt 22,42; 25,13; Mc 13,15.

4. La sonrisa

Aconsejaría a nuestros misioneros cultivar el don de la sonrisa para testimoniar y proclamar la alegría del Evangelio a nuestros hermanos y hermanas. La sonrisa es una flor que florece en el suelo de la gratitud y la alegría del corazón, un don precioso que se intercambia entre quienes viven el espíritu de las bienaventuranzas. La Biblia dice que “una mirada luminosa alegra el corazón” y, además, afirma que “el corazón alegre mejora la salud; el espíritu abatido seca los huesos” (Prov 15,30; 17,22). Solamente un corazón contemplativo ofrece una auténtica sonrisa al otro. Una sonrisa artificial se seca rápidamente como una flor tierna ofrecida para agradar a una muchacha. La sonrisa relativiza lo que es superficial en la vida y aprecia lo que es digno de amor. Es positivo cultivar la “sonrisa inteligente”⁵⁴ que aparece cuando reconocemos nuestros defectos y errores y los defectos de los demás. En esta sonrisa brilla la luz de la comprensión. Una sonrisa amable es una afirmación de la imagen divina impresa en el otro. Nuestras comunidades y obras apostólicas tendrían más vitalidad si fuéramos capaces de ofrecernos mutuamente la sonrisa de Dios y evitar actitudes frías y delatadoras de las limitaciones. Nuestra alma se llena de la sonrisa de Dios. Ésta es la oración que recitamos con el salmista: “Que la luz de tu rostro brille sobre nosotros, Señor” (Sal 4,6).

5. Actitudes de aprecio hacia los demás⁵⁵

El don de alegrarse de los logros y los talentos de los demás es necesario para el misionero en orden a celebrar la vida en comunidad y alentar la misión compartida. Seguramente éste es el primer don que el Señor nos concedió y que ayuda a ver a los demás como dones de Dios y nunca como enemigos o amenazas. El otro es visto como una parábola del amor de Dios, un hermano o hermana en camino hacia la santidad. Los dones y talentos de los otros son un don de Dios para cada uno e invitan a la gratitud. Las limitaciones del otro pueden ayudar a desarrollar en nosotros la capacidad de compasión y la fortaleza necesaria para aceptarlo tal como es. Una actitud de aprecio nos capacita para ofrecer a los demás una adecuada corrección fraterna que les ayude a superar sus limitaciones cuando ello sea posible. Un auténtico encuentro con el misterio de Dios nos prepara para el encuentro con el misterio más profundo del otro, que se sitúa más allá de sus fortalezas y debilidades y de las características de cultura, etnia o género. El respeto y el amor garantizan unas relaciones de “persona a persona” que excluyen la consideración del otro como mero objeto. Una actitud de aprecio del otro, nacida de un amor que hunde sus raíces en el Evangelio, es una condición para la relación pastoral con el pueblo, especialmente con los pobres porque los amaremos como Jesús ama: “hasta el extremo” (Jn 13,1). Cualquier otra forma de amor tiende a ser manipuladora y a servirse de los pobres para el propio provecho.

⁵⁴ Quizás recordéis el famoso relato de León Tolstoi sobre un ángel que fue enviado a la tierra en busca de respuestas a tres preguntas sobre unas reacciones negativas a la decisión de Dios. El ángel sonrío cada vez que descubre la sabiduría de la acción de Dios.

⁵⁵ Cf. MS 48, 2.5.

6. Un pensamiento integral

La capacidad para asumir las diferencias dentro de una comprensión global de la realidad es otro don importante para el misionero, un don que le permite experimentar la belleza de su fe y caminar hacia diversas periferias existenciales de la vida humana. Un pensamiento dualista no puede gustar el misterio del Dios uno y trino, el misterio de la encarnación, María como madre y virgen, la Iglesia como comunión, los diferentes carismas en una armoniosa unidad y la condición humana pecadora y redimida al mismo tiempo. Una visión cristiana integral de la vida crea espacios para la escucha de las diferentes opiniones y perspectivas. Nos ayuda a descubrir las semillas de bondad y verdad en las innumerables realidades diversas que nos rodean. Los conflictos en la comunidad se gestionan mejor cuando las diferencias y los desacuerdos son examinados desde las diversas perspectivas desde las que se puede considerar un asunto. Pienso que el antídoto a muchos “ismos” que delatan una visión estrecha y rígida de la vida (individualismo, clericalismo, tribalismo, castismo, etc.) es tener una visión comprehensiva de la realidad, sintonizando la propia perspectiva con la de otros.

7. Las virtudes claretianas

Nuestro P. Fundador dio mucha importancia al cultivo de las virtudes que él consideraba esenciales para el misionero⁵⁶. Dichas virtudes son particularmente relevantes hoy para nosotros para poder ser efectivos, especialmente en el contexto de los numerosos valores mundanos que contaminan el pensamiento de los jóvenes. Debemos comenzar por la humildad, que es “como el fundamento de todas las virtudes” (*Aut* 341) y nos ayuda a tomar conciencia de la propia realidad y de la gracia de Dios que nos salva. Un misionero arrogante, ostentoso y autosuficiente no puede ser testigo de la alegría del Evangelio. Las Constituciones, por su parte, nos recuerdan que “aunque los Misioneros necesiten todas las virtudes, ante todo para poder responder a la propia vocación, deben tener una fe viva” (CC 62). Las demás virtudes, es decir, la pobreza, la mansedumbre, la modestia y la mortificación, desvanecen el egoísmo y encienden el corazón con el fuego del amor de Dios. Este amor, que se da vaciándose a sí mismo, confiere credibilidad al misionero y lo hace cercano al pueblo de Dios. Todos conocemos misioneros honrados y comprometidos pero que ahuyentan a las personas porque no han sabido integrar sus rencores y frustraciones. El amor a Dios y a su pueblo nos invita a someter a Cristo las dimensiones no-evangelizadas de nuestra propia vida a través de la práctica de las virtudes y a comprometer todo nuestro ser en la misión de Cristo.

8. Integración de las sombras

Resulta ingenuo para un misionero pretender vivir su ideales misioneros sin luchas ni fracasos, como si estuviera exento de la influencia del pecado original y de la concupiscencia. Un misionero maduro sabe cómo integrar el lado oscuro de su vida, reconociendo honestamente su

⁵⁶ Cf. *Aut* 340-347.

responsabilidad. Puede que se trate de golpes, heridas, pecados, rechazos y otros muchos sentimientos amargos del pasado. Lo que no está integrado actúa desintegrando la propia vida. Las personas con heridas que no han sido sanadas, hieren a los demás y recogen más heridas ellos mismos. Hay quienes, en algunas ocasiones, necesitarán ayuda profesional para integrar su situación de dolor. En un contexto normal podemos contar con recursos maravillosos en la Iglesia que nos ayudan a llevar una vida sana e integrada al servicio del pueblo de Dios. Por ejemplo, nos ayudan los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía, la meditación, los diversos métodos de oración y la práctica de la dirección espiritual. Invito a todos los misioneros a aprovechar los valiosos recursos que nos ofrece la Iglesia.

9. Cuidado personal integral

El amor a las misiones nos mantiene dispuestos al compromiso misionero en cualquier situación. El cuidado de la formación intelectual, emocional, moral, espiritual y claretiana, así como de la salud física, son parte integrante de nuestro compromiso misionero porque queremos ofrecer lo mejor de nosotros mismos a Dios y a su pueblo. Es edificante ver a muchos misioneros que siguen trabajando con un corazón misionero joven a pesar de su edad avanzada. Muchos de ellos se mantienen al día intelectualmente y tienen cuidado de su salud física para servir a la comunidad. Cuidan integralmente los diversos aspectos de su salud para estar disponibles al servicio de los demás. Saben cómo afrontar con espíritu misionero las enfermedades y el deterioro físico y psíquico que conlleva la edad avanzada. Es el amor de Cristo el que urge al misionero a servir al Señor, tanto si goza de salud como si está enfermo. Por el contrario, es triste ver a algunos misioneros cuya salud y energía se han malogrado a causa de unos hábitos de vida desordenados y que ahora se refugian en una jubilación prematura cuando todavía no tienen la edad para ello. El cuidado de la salud no es lo mismo que un culto al cuerpo que busca cuidar las apariencias. Pido a los misioneros que presten la debida atención a su bienestar integral para que puedan ponerse al servicio del Señor como buenos instrumentos para la proclamación del Evangelio.

10. La oración de intercesión por todos los misioneros

A través de la conciencia de ser un solo cuerpo con diversos miembros en misión⁵⁷, expresamos de diversas y hermosas formas nuestra participación en el conjunto del cuerpo congregacional. La oración diaria de comunión e intercesión por toda la Congregación es una forma importante de reforzar la vida y misión de cada claretiano y de cada comunidad. Sabemos que nuestra Madre, el P. Fundador, nuestros hermanos mártires y los claretianos que ya fallecieron interceden por nosotros desde el otro lado de la vida. Pero es también importante que, desde este lado, en este valle de lágrimas, nos encontremos, en contemplación, en la presencia de Dios para encomendar a su misericordia a cada claretiano y a cada misión. El salmista nos lo recuerda: “Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores; si el Señor no

⁵⁷ Cf. MS 47.

guarda la ciudad, en vano vigila el guardia” (Sal 127,1). Haremos bien en consolidar la costumbre de rezar por toda la Congregación en nuestra oración personal y comunitaria.

Para la reflexión: *¿Has pensado en el ardiente deseo de Claret de que sus misioneros cuidaran las virtudes esenciales para el misionero? ¿Qué áreas de tu vida consideras que deberías desarrollar para vivir y comunicar la alegría del Evangelio hoy?*

Conclusión

Vivimos en un tiempo marcado por innovaciones increíbles y por cambios difíciles de predecir. Somos testigos de terribles conflictos y guerras que destruyen vidas humanas y provocan movimientos migratorios masivos en todos los continentes. Algunos acontecimientos recientes demuestran que el desarrollo de la historia no sigue las mejores predicciones y cálculos científicos⁵⁸. En medio de estos acontecimientos, tan sorprendentes como angustiantes, estamos convencidos de que el mundo necesita la alegría del Evangelio que llene la vida de sentido y esperanza.

En este contexto, hemos de reforzar los procesos de transformación propia para poder ser nuevos odres capaces de dar cabida al vino nuevo del Evangelio y proclamar la alegría del Evangelio en el mundo de hoy. Hemos de acoger y co-crear el futuro de nuestra Congregación con una mentalidad y un corazón abiertos, obedientes al Espíritu del Señor. Estaremos ya viviendo este futuro cuando cada claretiano sienta el gozo de su vocación y su ministerio, y ponga a disposición de la comunidad lo mejor de sí mismo; cuando cada comunidad cuide los vínculos del amor fraterno, mantenga la vitalidad misionera y ofrezca a la misión de la Provincia o Delegación todo lo que tiene. Por su parte, la Provincia o Delegación recibirá y ofrecerá lo mejor de cada uno de sus miembros para el bien de la Congregación, enviada a proclamar la alegría del Evangelio. Hemos de acompañar este proceso desde el servicio de gobierno en todos los niveles de la Congregación. Para ser coherentes con nuestra vocación misionera, hemos de fijar nuestra mirada en Cristo de quien aprendemos la belleza de una vida y un amor auténticos. En nuestro camino, nos sentimos unidos a nuestra Madre María que nos envuelve con su amor, al Padre Fundador, a nuestros hermanos mártires y a todos los claretianos del pasado y del presente. Nunca debemos olvidar que nuestra comunión en el Señor y entre nosotros, como Familia claretiana en la Iglesia, es inclusiva y, por ello, se abre a todas las personas y a toda la Creación. ¡Seamos juntos la sinfonía de la alegría del Evangelio bajo la dirección del Espíritu del Señor Resucitado!

Con San Pablo hemos de repetir: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (Flp 4,4).

Mathew Vattamattam, cmf.

Superior General

⁵⁸ Por ejemplo, el *Brexit*, las elecciones del presidente de USA, la lucha del estado islámico en Medio Oriente, etc.

LLAMADOS A IRRADIAR LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO EN EL MUNDO DE HOY

I

¿QUÉ NOS PIDE EL SEÑOR EN ESTE TIEMPO?

- 1. Un año después de la celebración del XXV Capítulo General**
- 2. Los dones de dos efemérides eclesiales importantes para nuestra vida misionera**
 - 2.1. Año de la Vida Consagrada: un tiempo para profundizar nuestra vocación misionera
 - 2.2. Año Santo de la Misericordia: entrar por la puerta de la Misericordia de Dios
- 3. Llamados a caminar como misioneros “con Espíritu” (MS 39)**
- 4. Llamados a ser testigos creíbles del Evangelio**
- 5. La alegría de ser misionero al estilo de Claret**

II

ABRIRNOS A LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

- 1. Conversión ecológica**
 - 1.1. La misión claretiana dentro de una ecología integral
 - 1.2. Cultivar una ecología claretiana
- 2. Conversión pastoral: una Congregación en salida**
 - 2.1. Desplazarse a las periferias
 - 2.2. La salida hacia los jóvenes y el cuidado de las vocaciones
 - 2.3. La evangelización de los evangelizadores
 - 2.4. Evangelización en el continente digital y en el área de las publicaciones
- 3. Conversión personal y comunitaria**
 - 3.1. Comunidad de testigos y mensajeros
 - 3.1.1. Crear la comunidad-misión
 - 3.1.2. Transformación en el gobierno de la Congregación
 - 3.1.3. Transformación en el uso del dinero y los recursos económicos

3.2. Adoradores de Dios en Espíritu

3.2.1. Cultivar nuestra espiritualidad misionera

3.2.2. La vocación misionera como una llamada transformadora del Señor

3.2.3. La formación, un proceso permanente de transformación

III

TENTACIONES Y ENFERMEDADES ESPIRITUALES

QUE ACECHAN NUESTRA VIDA Y MISION

1. Mundanidad espiritual

1.1. Clericalismo

1.2. Carrerismo

1.3. Vanagloria

1.4. Pesimismo

1.5. Mentalidad mercantil

1.6. Posición social

2. Activismo y letargo

3. Mundanidad digital

4. Murmuración

5. Individualismo pastoral

6. Pensamiento dualista y excesivo racionalismo

IV

CAPACIDADES Y DONES PARA PROCLAMAR HOY LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

1. El discernimiento

2. La escucha

3. La atención plena

4. La sonrisa

5. Actitudes de aprecio a los demás

6. Un pensamiento integral

7. Las virtudes claretianas

8. Integración de las sombras

9. Cuidado personal integral

10. La oración de intercesión por todos los misioneros

CONCLUSIÓN